Angeles del Seminario

AÑO XI - N.º 65. MAYO, 1951

Mayo... Mes de María

Las flores que adornan los altares de la Santísima Virgen en este mes de mayo parecen más bellas que nunca. Sí, parece que se iluminan y que despiden una fragancia celestial mientras practicamos el "Mes de María", mientras honramos a la Reina del cielo, y madre nuestra, con oraciones, cantos, flores y luces.

Hay niñas, algunas de ellas son "Angeles del Seminario", muy ejemplares, que buscan azucenas, lirios... a lo largo del día para poderlos entregar a la Hermana del colegio, o a la señorita de la escuela; y así sus flores embellecerán el sitio donde está colocada la imagen de la Virgen María.

Lo hacen muy bien. Sin embargo, hay otras flores que aún embellecen más, y que son las más apreciadas por la Virgen. Son aquellas virtudes que despiden aromas agradabilísimos. La pureza como azucena, la obediencia como girasol, la caridad y amor a los familiares como rosa, la piedad y oración y sacrificio.

¡Cuán bellas son las almas que ostentan —como jardines amenos— estas flores de virtud! ¡Qué contenta está la Reina del cielo con las niñas que hacen de su alma un jardín de flores!

Tu alma, "Angel del Seminario", en este mes de mayo, debe ser un vergel de flores para la Santísima Virgen y para los sacerdotes.

F. V.

La Primera Comunión

Un día, cuando anochecía, Nuestro Señor Jesucristo reunió a los Apóstoles en una amplia sala que llamamos "el Cenáculo". Jesús estaba contento de verles a todos juntos con El, pues les amaba mucho. Pero en un extremo de la mesa donde cenaron, se encontraba Judas, que iba pensando la manera de traicionar a Nuestro Señor; y tan pronto se le presentó la ocasión, se escapó de aquel sitio para decir a los fariseos, enemigos de Jesús, cómo podían prenderle y azotarle.

Se quedaron allí, en el Cenáculo, Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen y los Apóstoles. Y entonces — como ya habéis aprendido en el Catecismo — el buen Jesús tomó un pedazo de pan blanco y obró el gran milagro que dejó admirados a todos, incluso a los mismos ángeles del cielo.

Ya sabéis a qué me refiero, ¿verdad? A la Sagrada Eucaristía. Pronunció unas palabras divinas que también dicen los sacerdotes con el poder y virtud de Dios, y aquel pan blanco y el vino de la copa se convirtieron en el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor, aunque todavía quedaron las apariencias de pan y vino. Y por esto en seguida comulgaron de aquel Pan, que era la misma carne del Redentor; por esto se arrodillaron recogidos la Virgen y los Apóstoles; ya veis a San Pedro y a San Juan con qué fervor se acercan a recibir la comunión, por esto los ángeles del cielo rodearon aquella mesa y adoraban extasiados a Dios Nuestro Señor, invisible pero presente, en aquellos trocitos de pan que recibían de manos del mismo Jesús.

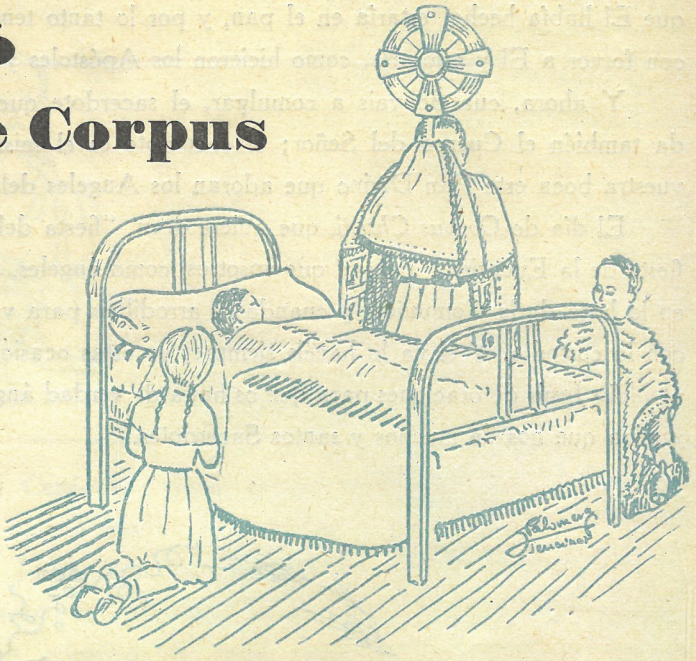
En aquella noche tan memorable por todos, pues recibieron la primera comunión los Apóstoles, y fueron ordenados, siendo los primeros sacerdotes de la Iglesia Católica. Y Jesús prometió que siempre que los sacerdotes hicieran lo

que El había hecho, estaría en el pan, y por lo tanto tendríamos que acercarnos con fervor a El y adorarle, como hicieron los Apóstoles y los Angeles.

Y ahora, cuando vais a comulgar, el sacerdote que hace lo que Jesús, os da también el Cuerpo del Señor; el sacerdote es el mismo Jesús, que pone en vuestra boca este Pan Divino que adoran los Angeles del Cielo.

El día de *Corpus Christi*, que quiere decir, "fiesta del Cuerpo de Jesucristo", fiesta de la Eucaristía, pensad que vosotros, como ángeles, estáis rodeando a Jesús, en la hora de la Comunión, y cuando os arrodilléis para venerarle en la procesión con la custodia. Y si ya lo hacéis siempre, en estas ocasiones en especial, rodead al Niño Jesús de oraciones para que os haga de verdad ángeles suyos, muy buenos, y para que nos dé muchos y santos Sacerdotes.

Sucedió el día de Corpus



Todo el pueblo iba a la Procesión del Corpus de aquel año. Se había dicho que el señor Párroco pasaría por las casas de los enfermos a darles la bendición con el Santísimo, y todos querían acompañar a Jesús al paso por sus calles.

Allá delante, los monaguillos con la cruz y, seguidamente, los niños y niñas. Después venían las jóvenes mujeres, con unos velos que les llegaban hasta los ojos y con la mirada recogida rezaban, rezaban...; los jóvenes y los hombres, muy cerca del palio y de la custodia, que llevaba con gran reverencia el señor Cura. Allí no estaba el padre de Conchita, pues no quería saber nada de las cosas de iglesia. Los niños y niñas, que unos días antes hicieron la primera comunión, formaban el cortejo de Jesús Sacramentado. Unas niñas vestidas de blanco, deshojaban rosas y flores delante de Jesús... Y Jesús, desde su trono de la Custodia, sonreía complacido de la piedad de los mayores, pero sobre todo del candor inocente de los niños que le rodeaban como si fuesen sus ángeles.

La pequeña Concepción, una de las que arrojaban puñados de flores blancas a la custodia, tenía también un hermanito muy enfermo; los médicos decían que se moriría muy pronto. La niña, ¡cómo le pedía a Jesús un milagro cuando entrara en su casa! Pasaron por calles y casas, todas adornadas con bellas colgaduras y con flores y altares; y, por fin, la casa blanca de Concepción.

El señor Párroco, con los monaguillos y un grupo de fieles, entraron en el aposento del enfermito. La hermanita corrió delante. ¡Qué emoción! Vació todas las flores a los pies de Jesús y del sacerdote, y con los ojitos fijos en la custodia que ocultaba al Rey Divino, le pedía, le pedía...

El domingo siguiente al Corpus, Conchita acompañaba a confesar y comulgar a su hermanito, completamente curado, y a su padre, que se había convertido.

¡Cuánto pueden delante de Jesús vuestras oraciones puras, queridos Angeles!

U. D. DE LAS JOVENES DE ACCION CATOLICA. - RAMBLA CATALUÑA, 32 - Tel. 21 60 66 - BARCELONA
(Con licencia eclesiástica) 37834— ALTÉS, S. L.